

sible, pues Rojas se escapó de Guadalajara, y siguió cometiendo sus fechorías por los pueblos de Jalisco, hasta que el mismo Degollado derogó su decreto en Mayo del año siguiente, "fundándose en razones que no podrían conciliarse con los principios eternos de justicia."

Duraba todavía en los conservadores la buena impresión por los sucesos de Ahualulco, cuando un acontecimiento notable, pero imprevisto, vino á turbar las expansiones de ese júbilo, presentándose amenazador y en la misma Capital, el enemigo á quien se juzgaba fuera de combate.

El General D. Miguel Blanco, que según dejamos dicho, fué despachado por Zuazúa para auxiliar á Degollado en su ataque á Guadalajara, conoedor del manejo punible de Vidaurri y de sus miras ambiciosas que lo convertían en un jefe rebelde á la autoridad superior, y no queriendo contribuir á la elevación de ese funesto personaje, trató de cuantas maneras pudo, de apartarse de su dominación, alegando al efecto, algunas razones, y eludiendo las distintas órdenes que le fueron comunicadas para incorporarse al ejército del Norte que mandaba Vidaurri, y al que pertenecía su Brigada.

Fluctuando en el modo que debería emplear para salir avante en su propósito, la derrota del jefe fronterizo, en la acción de Ahualulco, lo puso en plena posesión de obrar como mejor le pareciera; en tal virtud, y con el designio manifiesto de ponerse de acuerdo con el General D. Epitacio Huerta, Gobernador de Michoacán, le dirigió una nota conducente al objeto, y este funcionario, en debida respuesta, lo invitó para que pasara á la capital del Estado, donde

carte: Que habiéndose mandado aprehender al asesino, éste se ha puesto en fuga, eludiendo así el justo y legal castigo de su atroz crimen, he tenido á bien decretar lo que sigue:

"Artículo 1º.—Se pone fuera de la ley al asesino de D. José María Blancarte, ex-teniente coronel D. Antonio Rojas.

"Artículo 2º.—Toda autoridad Civil ó Militar tiene obligación, y todo ciudadano tiene derecho para perseguir y aprehender al citado culpable, dándole muerte si hiciere resistencia.

"Artículo 3º.—Se concede una pensión de 600 pesos mensuales á la viuda é hijos del finado D. José María Blancarte, que pagará por mesadas la Jefatura de Hacienda del Estado de Jalisco.

"Y para que lo dispuesto tenga su cumplimiento, mando que se imprima, publique y circule á quien corresponda.

"Dado en el Palacio del Gobierno en Guadalajara, á 30 de Octubre de 1858.—Santos Degollado."

se le proporcionaría todos los recursos que necesitara, y además, 1,000 hombres de infantería y 300 de caballería, con los que aumentaría su fuerza.

Eso supuesto, Blanco se dirigió á Morelia el 5 de Septiembre, y en esta ciudad se acordó emprender una expedición sobre la Capital, donde se decía existía en planta grandes trabajos revolucionarios, llevados á cabo por los liberales de allí para derrocar á la administración tacubayista, por medio de un atrevido golpe de mano, siendo designado el referido General para mandar la proyectada expedición.

Organizada ésta, se dieron las órdenes para que concurrieran á ella con sus fuerzas, á los Generales Pueblita y D. Estéban León, y se emprendió la marcha, llegando la División, el 6 de Octubre, á Maravatío y el 9 á Ixtlahuaca; el 10 á la Hacienda de la Huerta, donde se recibió una nota del segundo de dichos jefes en la que manifestaba las causas que le impedían ocurrir oportunamente al llamado, pero ofrecía hacerlo próximamente, con una respetable sección de tropas; y el 13 formó la fuerza frente á la ciudad de Toluca, provocando al combate al enemigo, que no salió de sus fortificaciones, por lo cual se continuó la marcha llegando á Tacubaya el 14 por la noche.

En esta hermosa población se presentaron los Sres. General José Justo Alvarez y Coronel Enrique Mejía, y después de conferenciar con ellos y con los demás jefes, se resolvió atacar la plaza el día siguiente formando dos columnas, una ligera y de poca fuerza que acometería por el Sur de la ciudad, y otra con todo el resto de la División que lo haría por el frente.

La primera columna, al mando del General Valle y su 2º el General Alvarez, salió de Tacubaya para ir á entrar por la garita de San Antonio Abad. La segunda, á las órdenes del General Pinzón, 2º en jefe de la División, marchó de frente, ocupó la fortaleza de Chapultepec, que estaba sin guarnición, y siguió avanzando por la Calzada de la Verónica, llevando de vanguardia el cuerpo de rifles mandado por el Coronel Escobedo, y á retaguardia el 2º batallón Guardia Nacional de Michoacán, á las órdenes del de igual clase, D. Nicolás Régules.

Fué arrollada una avanzada enemiga, y tomada, después de un

recio combate, dado con cierta repugnancia, una casa que defendían los alumnos del colegio militar, la mayor parte niños aún: los rifles se lanzaron en seguida sobre una sección de tropas de las tres armas que se les colocó al frente, logrando derrotarla, y cuyo triunfo costó la muerte del Teniente Coronel Aguilar, y la herida del jefe de Ingenieros, Don Juan B. Espejo, que quiso acompañar á los asaltantes.

Despejado enteramente el paso la columna siguió avanzando, con el General Pinzón, hasta colocarse convenientemente, de manera de poder contestar á la artillería enemiga, situada en la garita de San Cosme. Aquel jefe tenía orden de poner su tropa á cubierto de dicha arma y permanecer en observación para proteger á los rifles en caso ofrecido, y en espera de que éstos pudieran atacar vigorosamente al enemigo, en combinación la retaguardia y el centro; pero en vez de ésto, Pinzón mandó hacer alto el fuego á los rifles, y que se pusieran en descanso, y luego avanzó en columna cerrada sobre el enemigo que hizo sobre él certeros y nutridos disparos de cañón, á tiro de metralla, que lo desorganizaron y obligaron á retroceder precipitadamente, con pérdidas de consideración.

Este contratiempo, imposible de reparar, obligó á Blanco á ordenar la retirada, que se realizó sin novedad, pues el enemigo no emprendió la persecución, dirigiéndose los liberales á la altura del Santuario de los Remedios, y extendiéndose al pueblo de San Mateo. La otra columna de ataque, encomendada al General Valle, tomó el camino de la Piedad, para entrar por el barrio de San Pablo; batió allí una fuerza enemiga, pero quedó herido gravemente el General en jefe, encargándose del mando el General Alvarez. Este ocupó la Iglesia de San Pablo, y después la de la Merced, puestos que pudo conservar mientras el enemigo tuvo dividida su atención entre las dos columnas; pero una vez retirada la principal, fué imposible ya el sostenerse, y después de resistir todo el día en San Pablo, llegada la noche, emprendió su movimiento retrógrado, por el mismo camino que habían traído sus tropas, llegando el 16 por la mañana al campamento de la División.

No obstante el fracaso, la tarde de ese día se movieron los constitucionalistas hacia Tacubaya, donde, en Junta de guerra celebrada por la noche, se resolvió ir á situarse á Tlálpam, lugar que se creyó

oportuno para continuar las operaciones, en combinación con algún movimiento que pudiera verificarse dentro de la plaza; así se hizo el 10; pero el refuerzo considerable de tropas que recibieron los enemigos, así de las que guarnecían á Toluca, como de las que afluían de los alrededores, y su situación estratégica en Coyoacán, determinaron la definitiva resolución de retirarse por el camino de Cuernavaca, como se verificó, sin novedad alguna, la noche del mismo 17.

Así concluyó una tentativa audaz, que sin las circunstancias que se opusieron á su completo éxito, como la no incorporación del General León, la falta de auxilio de los liberales de la Capital, y la mala dirección en el ataque encomendado al segundo en jefe, pudo haber puesto término á la administración conservadora, arrojando á Zuloaga del Palacio Nacional; sin embargo, ese ataque probó la vitalidad y pujanza de un partido al que se juzgaba impotente, que aparecía á las puertas de la residencia de los poderes reaccionarios, y que se retiraba bajo un pie admirable de orden y disciplina, sin tropiezo ni contratiempo de ninguna clase, hasta su primitivo punto de partida.

Tal suma de terror infundió al Gobierno zuloaguista la presencia de los constitucionalistas dentro de las mismas calles de la ciudad primera de la República, que aunque ya había pasado el peligro, llamaron violentamente á Miramón, que se hallaba en San Luis Potosí, reponiéndose de las pérdidas sufridas en Ahualulco, y el vencedor de Vidaurri acudió al llamamiento, presentándose en México el día 20, donde se le hizo un solemne recibimiento.

Ocupado Guadalajara por el ejército constitucionalista, objeto fué del Gobierno reaccionario el acordar lo conveniente á fin de destruir desde luego ese importante foco de revolución, á cuyo efecto se dió orden á Márquez para que se moviera de San Luis Potosí, donde se hallaba, en dirección á aquella ciudad: hízolo así, ocupando de paso Zacatecas que fué abandonada por los liberales, y deteniéndose en Tepatitlán, pues resuelto Degollado á defender el puente de Tololo-tlán, posición importante, aquél tuvo que hacer alto, en espera de Miramón que salió de la Capital el 11 de Noviembre en dirección de San Luis, de donde marchó al principiar el mes de Diciembre á ponerse al frente de las tropas que deberían obrar sobre la plaza de Guadalajara.

En esta ciudad permanecía el ejército constitucionalista, teniendo avanzada á diez leguas, en la Villa de Zapotlanejo, la División del Norte al mando del General Coronado, que se replegó al puente de Tololotlán, cuando el enemigo empezó sus operaciones, y hacia cuyo punto acudió Degollado con todas sus fuerzas, formando una línea que se extendía unas doce leguas, cubriendo todos los pasos del Río Grande desde el puente de Tololotlán hasta Poncitlán.

De la defensa del primer punto, se encargó el General en Jefe, con las Brigadas de Jalisco 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup>, que mandaban los Generales D. Juan N. Rocha y D. Leandro del Valle, teniendo á su izquierda una fuerza de Michoacán á las inmediatas órdenes de General Don José María Arteaga.

La derecha fué encomendada al General Coronado, Jefe de la División del Norte, con las fuerzas de la misma que mandaba el General D. Miguel Blanco, las del Coronel D. Mariano Escobedo y una Brigada con su jefe, General Don Eutimio Pinzón, que ocupaba el extremo derecho de la línea de defensa, en el referido pueblo de Poncitlán.

El 11 de Diciembre rompióse el fuego de artillería, y al amanecer, lanzó Miramón una fuerte columna sobre el puente de Tololotlán, la que fué arrollada, lo mismo que una segunda que repitió el ataque con mayor ímpetu, pero con igual suerte. En vista del resultado, el jefe reaccionario se retiró ocultando el rumbo que tomaba, yendo á pernoctar al rancho de "Coyotes," distante cinco leguas, y equidistante entre los extremos de la línea defendida.

El 12 forzó Miramón el paso del río en Poncitlán, después de una defensa vigorosa y prolongada; y el 13 hizo que pasara el dicho río una fuerza respetable de tres mil hombres de las tres armas, retirándose Pinzón para Atequiza, adonde se incorporó á los Generales Blanco y Coronado.

Después de estos hechos de armas sostenidos valientemente por los liberales, al amanecer del día 16, y sin que estos hubieran sufrido un descalabro de importancia, Degollado emprendió su marcha hacia el Sur de Jalisco, mientras la División del Norte se dirigía al Interior del país, dejando á Miramón el paso libre para la Capital del referido Estado.

La razón que se tuvo para dictar ésta providencia, al parecer in-

justificable, fué la escasez de parque, pues en un reconocimiento hecho de las municiones, hallóse que apenas se contaba con cuatro ó cinco cartuchos por plaza, número insuficiente, ya para perseguir al enemigo, si éste se retiraba, ó ya para resistirle en los subsecuentes ataques que de seguro iba á dar.

La reciente toma de Guadalajara había agotado ese artículo, y el lapso de tiempo corrido de entonces hasta la llegada del ejército enemigo, no había sido suficiente para reponerlo, lo mismo que el demás material de guerra, atento los cortos elementos con que para el caso se contaba: por lo tanto, el General Degollado, venciendo dificultades sin cuento, y haciendo uso de la heroicidad y constancia que lo animaban y que tanto lo hicieron distinguirse, pudo salir al encuentro del invasor en su marcha para recuperar la plaza susodicha, con un ejército "repuesto y suficientemente municionado, pero sin parque de reserva, porque el tiempo ó los recursos no le alcanzaron para ello."

Miramón entró, pues, en la ciudad, desde donde, incurriendo en notables inexactitudes, comunicó el 16 de Diciembre, la derrota de Degollado, á cuyo ejército suponía en completa dispersión, siendo así que éste se retiró íntegro, lo mismo que la División del Norte.

Participaba, además, haber tenido una pérdida como de 200 hombres entre muertos, heridos y dispersos, y veinte oficiales heridos, contándose en este número el General D. Marcelino Cobos y otros jefes más. Respecto de prisioneros, ordenó fuesen fusilados todos los que fungían de oficiales.<sup>1</sup>

Dos días permaneció en Guadalajara, mientras organizaba la administración pública, saliendo luego en persecución de Degollado, que se retiró á las barrancas de Beltrán; mas aleccionado por la experiencia de lo que le había pasado en Atenquique, no atacó la posición, sino que cruzando por "El Paso de Novillos," de donde se retiró la fuerza que lo custodiaba, cayó sobre la ciudad de Colima, á la retaguardia, el 25 de Diciembre, ocupación que pudo llevar á

<sup>1</sup> Desde el comienzo de las operaciones militares, el día 8 de Diciembre que se hizo cargo del mando del ejército, expidió un decreto en Tepatitlán, declarando que todos los individuos que continuaran en las filas liberales, y que cayeran en poder de sus tropas, serían irremisiblemente pasados por las armas, si no se acogían al indulto que de antemano les ofrecía, en los términos humillantes que especificaba en la disposición mencionada.

cabo sin dificultad, pues el Gobernador D. Miguel Contreras Medellín, se había salido de la plaza con la pequeña guarnición que allí había.

Sabedor Degollado de este suceso, abandonó sus posiciones y se dirigió á la plaza tomada; pero Miramón le salió al encuentro la tarde del mismo día, y al siguiente, en las inmediaciones del pueblo de San Joaquín, y después de un reñido combate, las tropas federales quedaron completamente derrotadas, retirándose los restos al Estado de Michoacán.<sup>1</sup>

El joven abogado D. Luis Larios, Coronel de Guardia Nacional, Diputado al Congreso de la Unión y Secretario del Gobierno de Colima, cayó prisionero, y el jefe vencedor mandó inmediatamente fusilarlo.

Grande fué la alegría que produjo entre los conservadores la victoria de San Joaquín, sin que faltaran las demostraciones más estrepitosas con que el clero acostumbraba celebrar el triunfo de sus partidarios: las fiestas verificadas en Guadalajara, fueron suntuosas, y el joven vencedor, á quien, según un notable escritor,<sup>2</sup> se le dió ya el título de Presidente de la República, sin tener esa investidura, se vió agasajado una vez más por esa clase que olvidando su misión de paz y caridad, sólo daba oídos "á las funestas pasiones del odio y de la venganza."

<sup>1</sup> El parte oficial de la batalla, lo rindió Miramón, con fecha 29 del mismo mes de Diciembre.

<sup>2</sup> Vigil.—México á Través de los Siglos.—Tomo V, pág. 337.

## CAPITULO XI.

La República al comenzar el año de 1859.—Todavía el Plan de Tacubaya.—Oposición que encontró en las filas reaccionarias.—Destitución de Zuloaga.—El General Robles Pezuela proclamado Jefe del nuevo movimiento.—Participo á Miramón.—Desaprobación de éste.—Cambio de Presidente.—Llegada á México de Miramón, nombrado Presidente interino de la República.—Restituye á Zuloaga en este elevado puesto.—Papel ridículo que éste desempeña.—Cómo explica su conducta el General Pérez, Gobernador de Puebla.—Manifiesto del Presidente Constitucional de la República, Lic. D. Benito Juárez.—Reflexiones.

Empezaba el año de 1859, en medio de los horrores de la lucha civil: un año hacía que el partido reaccionario, aprovechándose de la debilidad y falta de fe del pusilánime Comonfort, se había apoderado de la Capital de la República, é impuesto su dominación en algunos de los Estados; y durante ese lapso de tiempo, había podido verse y palpase sin un átomo de duda, la impotencia de ese partido para establecerse como Gobierno y desarrollar los cuantiosos elementos de orden y bienestar de que se decía poseedor.

La Nación era un vasto campo de batalla, en que la sangre de los mexicanos corría con profusión: el encono de los contendientes, ó más bien, la zaña y los odios políticos habían llegado á ese período crítico, en que desterrado todo sentimiento de humanidad y conmiseración, sólo se atiende al exterminio y anonadamiento del enemigo, empleando para ello los recursos y elementos que proporciona la pasión en sus inconsiderados y punibles arrebatos.

El clero había tenido buen cuidado de atizar esta inmensa hoguera de enemistades y colosales disensiones; había puesto al servicio